

# ¿Es la ciencia política una ciencia nonata?

Comentarios sobre un libro de César Cansino<sup>1</sup>

*Víctor M. Hernández Márquez*<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *La muerte de la ciencia política*. Buenos Aires, Sudamericana, 2008, 348 pp.

<sup>2</sup> Docente de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Fecha de recepción: 2 de junio de 2008

Fecha de aceptación: 9 de septiembre de 2008

Las ciencias sociales son disciplinas jóvenes y como tales exhiben las virtudes y los defectos propios de su edad: aunque llenas de vitalidad, con frecuencia pretenden aparentar una madurez que no consiguen del todo, debido en parte a sus continuas regresiones infantiles. Acomplejadas ante sus hermanas mayores, las ciencias naturales, las imitan calzando sus mismos métodos, pero también se inventan discursos para desprestigiarlas ante el lego y de este modo reafirmarse. Les ofende el apodo de ciencias blandas, pero entre ellas aplican el mismo criterio y, presentada la ocasión, no pierden la oportunidad para establecer jerarquías o negarse el nombre entre ellas.

Suelen mantener una dependencia teórica insana con su decrepita madre, la filosofía, y se intoxican fácilmente con esa jerga presuntuosa e improductiva que le es característica. Todo este problema de identidad las vuelve emocionalmente inestables y con cierta regularidad se les ve pasar de la euforia y el optimismo inocente a la autocrítica destructiva, a la mala conciencia. La depresión que acompaña a la resaca les hace entrar en crisis y, de cuando en cuando, pensar en medidas desesperadas, como el suicidio. Pero por duro que resulte reconocer, el ejercicio de ese autoescarnio sería imposible de llevar a cabo sin una cierta dosis de teatralidad y de narcisismo académico.

De las intestinas guerras interétnicas (*i.e.*, la tribu neopositivista vs la tribu pos-posconstructivista del momento) que consumen una cantidad nada despreciable de las energías, el tiempo, y el presupuesto destinado a las ciencias sociales, no cabe esperar en verdad más que victorias pírricas. Y cuando llegue el momento del triunfo definitivo no serán los argumentos epistemológicos de los ganadores, ni el convencimiento racional de los vencidos, los factores que hayan inclinado la balanza para siempre, sino la aceptación lenta pero en aumento irreversible de la teoría *X* de una de las escuelas en pugna. Pero incluso cuando esto tiene lugar, el reconocimiento implícito de la derrota no es total, ya que dentro del largo y lento camino hacia la hegemonía de la teoría *X* siempre aparecen figuras heroicas que mueren en el campo de batalla, las más de las veces a costa del deterioro de su propio prestigio académico.

Me apresuro a decir, antes de ser acusado de sostener algún tipo de darwinismo metodológico, que no he dicho nada que se encuentre fuera del marco teórico que es común a partir de la obra de Kuhn y que Barry Barnes y otros han intentado extender, sin mucha influencia por lo que puedo apreciar, al campo de las ciencias sociales.<sup>3</sup> Esto significa que las crisis de las ciencias sociales no son y no pueden entenderse en sentido estricto como crisis kuhnianas de paradigmas, sino en todo caso, como el estado de cosas propio de las ciencias jóvenes pre-paradigmáticas que luchan precisamente por el establecimiento de un paradigma. Dicho de otra manera, las crisis kuhnianas presuponen la existencia previa de un periodo de ciencia normal y, por consiguiente, un consenso entre los especialistas de la disciplina en cuestión que sólo se verá amenazado por la existencia y aumento de anomalías persistentes.

Esto quiere decir que todo intento de extender actas de defunción en el campo de las ciencias sociales resulta prematuro y, por consiguiente, se incurre en una falta de perspectiva histórica adecuada sobre la evolución de las ciencias. A juzgar por su título, este parecería ser el veredicto que pesaría sobre el libro de César Cansino, pero me temo que el propósito del autor no consiste en despedir de manera precipitada a la ciencia política como un todo, sino en todo caso, liberarla de aquellos enfoques que desde su punto de vista se han revelado estériles y que dada su persistencia, representan un estorbo para el desarrollo de la propia disciplina. Dicho de otra forma, se habla de una muerte metafórica en tanto que las propuestas improductivas amenazan por situar a la ciencia política en su fase terminal. Sin embargo, desde la perspectiva metodológica descrita arriba, el libro se inscribe en la guerra de corrientes interétnicas que tienen lugar de forma regular en las ciencias preparadigmáticas.

<sup>3</sup> Cf. Barnes, *T. S. Kuhn and the Social Science*, Columbia University Press (hay versión española en el FCE). La repercusión de la teoría kuhniana en las ciencias sociales se ha discutido también en la sección II de *Paradigms and Revolutions*, edited by Gary Gutting, Notre Dame, Notre Dame University Press, 1980; Sheldon Wolin discute allí (pp. 160-194) el asunto en relación con la teoría política.

Desde luego, Cansino parte de una lectura distinta de la teoría Kuhniana de la ciencia, movido quizá por los distintos significados de la noción de ‘paradigma’ que el mismo Kuhn ha empleado en su famoso libro sobre *La estructura de las revoluciones científicas*.<sup>4</sup> En este sentido, para Cansino ‘paradigma’ no significa otra cosa que teoría, o modelo teórico, y no “como realizaciones científicas *universalmente reconocidas* que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica”(Kuhn 1962, p. x; 1971, p. 13). Lo anterior es evidente cuando Cansino habla de la metapolítica como metateoría y señala (p. 259), que “no tendría ningún sentido si la ciencia política fuera una disciplina uniparadigmática” (véase también p. 266).

Para salir del paso a esta clase de críticas, Cansino puede señalar que desde un inicio ha indicado en referencia a Kuhn, que “es necesario cuidarse de asumir que existe una simetría entre las ciencias naturales y las ciencias sociales con respecto a la conducta y el propósito de la historia disciplinar” (p. 12). Este punto de vista, compartido por una gran mayoría de científicos sociales es, empero, poco sostenible desde la historia misma de las disciplinas, ya que la juventud de las ciencias sociales no permite asegurar que no puedan lograr en el futuro el consenso paradigmático. Pero además, el mismo Cansino oscila a lo largo de todo su texto entre tomar la falta de consenso como una virtud o como un vicio. Si efectivamente encuentra positiva la proliferación de teorías, ¿por qué molestarse entonces en intentar refutar una gran cantidad de propuestas?

En efecto, Cansino sigue a Sartori en su decreto sobre la futilidad de la ciencia política entendida como teoría empírica política de corte neopositivista. La tesis encierra una presunta paradoja puesto que se señala que la teoría política al adoptar los métodos propios de las ciencias naturales y después de un inicio prometedor se ha visto estancada

<sup>4</sup> Cf. Margaret Masterman. “The Nature of a Paradigm”, in: Imre Lakatos & Alan Musgrave (eds.). *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Eng.; Cambridge University Press, pp. 59-90, y “Reflections on my critics” de Kuhn en el mismo volumen, pp. 231-278.

en los datos duros desprovistos de sentido teórico. Dicho de otra forma, la teoría política al volverse científica merced a los métodos de las ciencias naturales ha devenido en un conjunto amorfo de datos duros y, por lo tanto, ha nacido muerta. Este juicio sumario que supongo suscriben al pie de la letra muchos politólogos, es identificada también por Cansino con el parámetro calidad democrática, que en realidad no resultó tan duro ya que consiste en un criterio normativo que las propias pretensiones neopositivistas niegan. Sin embargo, la crítica que se ha hecho en este último momento ya no coincide con la acusación anterior de que se trata de un enfoque que ofrece meros datos duros sin articulación teórica alguna. De cualquier modo, ambas críticas no son definitivas y no es difícil imaginar cómo el científico neopositivista puede escapar a ellas. Con respecto a la primera, puede simplemente reconocer que efectivamente se encuentra en una etapa de recolección de datos, pero que se trata de un paso obligado y transitorio en la consecución de la teoría deseada. En cuanto a la segunda objeción, puede sencillamente echar por la borda su pretensión de sustraerse a la prescripción o bien, negar que se trate en realidad de un concepto normativo, sino de una idealización semejante a la que hace el físico al emplear, por ejemplo, la geometría plana para describir el movimiento de un cuerpo; así podría devolver la pedrada, añadiendo que sus críticos simplemente ignoran el proceder de la ciencia. Pero también podría, de acuerdo al mismo esquema kuhniano, simplemente ignorar las críticas por considerarlas distractores para su propia empresa.

Ahora bien, quiero dejar en claro que no soy un defensor del presunto enfoque bajo crítica, pues de hecho, sólo conozco superficialmente a los autores que Cansino menciona como sus proponentes. Más que nada, mi comentario busca apuntar hacia un rasgo peculiar de las guerras entre escuelas de pensamiento que le asemeja a las interminables disputas que se dan en ámbito de la filosofía; esto quiere decir, que la réplica anterior vale *mutatis mutandis* para todos los otros enfoques que critica, a veces de forma demasiado ligera, como cuando señala que

hay que abandonar las tentaciones neomarxistas, posmarxistas o posestructuralistas incapaces de sacudirse las taras del pensamiento dicotómico del bien y del mal y los esquemas deterministas, tan socorridos por los Bourdieu, los Negri, los Zizek y los Wallerstein, que en lugar de explicar la complejidad la simplifican y reducen a esquemas auto-referenciales. (p. 201)

Por último, no quiero dejar la mala impresión de que no he apreciado las incuestionables cualidades del libro de César Cansino. Su impresionante erudición es evidente, pero ante todo, sobre sale su propuesta para entender la democracia en función de la sociedad civil, y desde allí enfatizar el poder de la sociedad en su conjunto sobre su clase política (lo cual toma mayor relevancia dados sus anteriores estudios sobre el sistema de partidos en América Latina), son aspectos centrales de su libro que deben elogiarse. Asimismo, como filósofo considero una tontería la recomendación, sea de corte positivista o posmoderna, de abandonar el estudio del pensamiento del pasado, y por eso celebro su invitación a volver la mirada hacia el pensamiento político-filosófico clásico y moderno. Al respecto, debe advertirse que Cansino distingue, aunque no de manera nítida a mi parecer, entre teoría y ciencia política; la observación es pertinente porque el lector, que como yo en un principio, puede caer en perplejidades si no distingue cuándo se habla de la muerte de una y cuándo de la otra, como ocurre con la primera, por ejemplo, en la afirmación de que “la supuesta muerte de la teoría política quedó como un mito” (p. 211).

De la misma forma, me parece saludable la propuesta de Cansino, compartida por Wallerstein y otros de sus adversarios, sobre la necesidad de apertura de la teoría política a la investigación inter/multi/trans-disciplinaria, porque con ello se adhiere a la tendencia que parece marcar el rumbo de las ciencias en este nuevo siglo y que de manera paulatina busca dejar atrás el esquema de dominios rígidos de los saberes que se fraguó y predominó en el siglo pasado. Si esta tendencia se mantiene, quizá podamos vislumbrar no solo la verdadera muerte de la ciencia política, sino la desaparición de la división misma entre ciencias naturales y sociales que tanto encono ha suscitado.